

Relato N°18

Los eucaliptos de la avenida Luro

La avenida Luro siempre fue más que una calle: fue un camino de recuerdos. Para muchos santarroseños, representa una parte de la historia compartida, de esos trayectos diarios que marcan la vida familiar, laboral y social. Cada generación la transitó por diferentes razones y en distintos momentos del día, pero todos guardamos en la memoria alguna escena bajo sus viejos eucaliptus.

Hoy cuesta reconocerla. La avenida luce moderna, ensanchada, iluminada, con semáforos que regulan el tránsito y colectoras que conectan barrios a ambos lados. Es una obra necesaria, resultado del crecimiento y de las nuevas demandas urbanas. Sin embargo, detrás de ésta hay una historia de transformaciones silenciosas.

Hace cuarenta años, la avenida era muy distinta: una calle angosta, con escasa iluminación y una calzada acompañada por hileras de eucaliptus enormes. Sus copas formaban un techo verde que ofrecía sombra en verano y una sensación de frescura y calma. Pero ya entonces, comenzaba la deforestación, los primeros árboles caídos anunciaban el fin de una época. Algunos vecinos se sentaban sobre los troncos cortados sin saber que eran testigos del inicio de una gran transformación.

No solemos darnos cuenta de lo que desaparece hasta que el paisaje es otro. Así también nos pasa con la vida. Los hijos crecen, los días se acumulan, los rostros cambian, y un día nos sorprendemos diciendo “¿cuándo pasó todo esto?”. Recuerdo aquellos paseos muy bien. Mi padre y mi hermana solían llevar a mi hija Anna, que por entonces tenía un año, en su cochecito por la vereda sombreada de los eucaliptus. Las ruedas se trababan entre las piedras y el pasto, pero no importaba. El aire tenía ese aroma particular del follaje y el sonido del viento entre las hojas se mezclaba con nuestras risas.

Mi padre, con su calma habitual, miraba hacia los árboles y decía “Todo cambia, hija. Con el tiempo tu hijita crecerá, y vos estarás en otra etapa de tu vida, igual que esta calle”. En aquel momento yo sonreía, sin comprender del todo. A veces escuchamos sin entender, porque el sentido profundo de las palabras se revela solo con los años.

Hoy mi hija Anna tiene cuarenta años. No recuerda esos paseos, pero sí el relato que le he contado una y otra vez. A través de mis palabras reconstruye el paisaje de aquella avenida en transformación, con su abuelo y su tía acompañándola entre los árboles que ya no están. Ellos fueron, para mí, como esos eucaliptus: presencia firme, sombra protectora, raíces profundas que me sostuvieron en los años de crianza y trabajo.

Recuerdo también mis días de corridas y horarios. En esa misma época, mientras la avenida se transformaba, yo comenzaba a dar clases en la Escuela Agrotécnica. Mi padre y mi hermana se quedaban cuidando a Anna hasta mi regreso. Aquella rutina, tan sencilla, hoy se me aparece como un retrato de amor y compañía.

Así como los eucaliptus que se fueron, también se fueron mis dos angelitos que me acompañaron en la crianza de mis hijas. Ahora ya no corro por las exigencias horarias y compromisos familiares. Hoy mis hijas ya son mujeres adultas, contemplan una avenida totalmente innovada. Cada tanto me detengo frente a la nueva avenida Luro, pienso en mi padre y mi hermana, a quienes extraño por el amor que compartimos y lo mucho que me acompañaron. Sé que ellos están ahí al igual que las raíces de los árboles que siempre van a estar presentes. No se pelea con el tiempo, se debe aprender a caminar con él. El viento pampeano y el ruido de los autos parecen revivir el sonido de las hojas de aquellos viejos eucaliptus.